



SUPUESTO QUE ..

«Para la instauración de una rama dinástica que pueda dar continuidad al régimen, es indispensable la identificación más absoluta de las personas con el Movimiento». De acuerdo, afirmamos nosotros. La Monarquía española del futuro tiene que apoyarse en el 18 de julio, más aún, en los monárquicos que colectivamente inspiraron, dieron sentido e hicieron, en definitiva, posible el 18 de julio.

En la historia genética del Alzamiento hay hechos que han quedado en la penumbra, insuficientemente conocidos. Hay que recordar, como fecha decisiva, el 14 de julio de 1936, día en que Don Javier de Borbón —después de una serie de entrevistas con el General Mola, director del Alzamiento— firmó la orden por la que lanzaba a los carlistas a la guerra. Este documento público es el único que se firmó, en momentos tan decisivos, entre el Ejército y una fuerza política.

«La Comunidad Tradicionalista se suma con todas sus fuerzas en toda España al Movimiento Militar para la salvación de la Patria, SUPUESTO QUE el Excmo. Señor General Director acepta como programa de gobierno el que en líneas generales se contiene en la carta dirigida al mismo por el Excmo. Señor General Sanjurjo con fecha de 9 último».

Javier de Borbón, S. Juan de Luz 14-7-36.

El General Mola y más aún el General Sanjurjo, Jefe supremo de la conspiración, y en consecuencia también sus sucesores, se comprometían ante Dios y ante la historia a montar la futura España sobre las bases de los principios tradicionales, — Monarquía Federal, social y representativa — que defendía y encarnaba Don Javier de Borbón, el firmante personal del documento.

Las legiones innumerables de carlistas, las decenas de miles de voluntarios que iniciaron el Movimiento, dieron al Alzamiento una orientación muy precisa encerrada en las dos palabras de la orden de Alzamiento: SUPUESTO QUE.

Sí, los hombres que lucharon y murieron, lo hacían por algo concreto, muy concreto. No eran seres sin sentido que daban generosamente su vida sin saber por qué.

No hace mucho, el mismo Rey refrescaba la memoria de los carlistas, contando los detalles de aquel Consejo General de la Comunidad Tradicionalista de 1934, en el que se decidió la organización del Alzamiento.

Su gestión con los Reyes de Bélgica para procurar armas, la firma de la orden de Alzamiento .. y hasta aquel pequeño detalle, delicado y significativo, de pagar el telegrama dirigido a Franco, Goded y Sanjurjo, en el que se daba la orden de Alzamiento a África y a toda España.

¿Cabe la identificación más plena de las personas con el Movimiento que el caso de Don Javier? La contestación es clara. Por eso es lógico, no puede extrañar, que el pueblo haya dado a Don Javier, por derecho propio conseguido con esfuerzo personal, el título de REY DEL 18 DE JULIO.

Estamos en inflación

Dos son los problemas cruciales con que se enfrentan en el ejercicio de sus tareas, los regímenes políticos de los distintos países: el social y el económico.

A resolverlos del modo más satisfactorio, es a lo que dedican sus mejores esfuerzos, los variados equipos que rigen los destinos de las naciones.

Ambos puntos constituyen la esencia de sus programas políticos y son también, la materia sobre la que versará el juicio estimativo de sus conciudadanos, y la base sobre la que se construirá la sentencia al final de sus mandatos.

De la mejor o peor solución de estos problemas, dependerá la prosperidad o la ruina de las naciones, y por ello no puede haber nadie extraño a su resolución, ya que su planteamiento late en cada uno de los nacionales. Todos tienen obligación de cooperar a su justa y óptima satisfacción.

Por ello, nosotros también, la juventud española, debemos alzar nuestra voz en estos momentos en que nuestra patria camina hacia un desastre económico, cuando la impericia gubernamental ha desencadenado un vendaval que puede arrasarlo todo nuestro país: la inflación.

La inflación ha dejado de ser un peligro en España. Ahora es una realidad en la que vivimos. Estamos embarcados en una política inflacionista desbocada, que únicamente puede acarrear las más trágicas consecuencias.

El diagnóstico no admite duda. Todos los síntomas están presentes. Si se barajan subidas del 40 % al 50 % de los salarios nacionales, ya mucho antes hicieron su aparición las expectativas, iniciando los precios una desenfrenada carrera. Ya

se ha presentado la típica espiral inflacionista. Hoy más que nunca se podría aplicar el axioma de que si los salarios suben por la escalera, los precios emplean el ascensor.

Pero todavía el desastre no se presenta en toda su magnitud. Aún nos encontramos en la primera fase, la de pseudo prosperidad. Los empresarios y especuladores se aprovechan de la subida de precios y la masa obrera se contenta con su aumento de salarios. Sólo un sector nacional sufre: la clase media, la más representativa del pueblo español.

El malestar no se ha hecho aún sentir, pues la clase perjudicada, desorganizada y carente de resortes defensivos, es incapaz de hacer oír su voz de protesta.

Pero la segunda fase está próxima. La dificultad de aumentar nuestra producción, impedirá llegar al equilibrio económico.

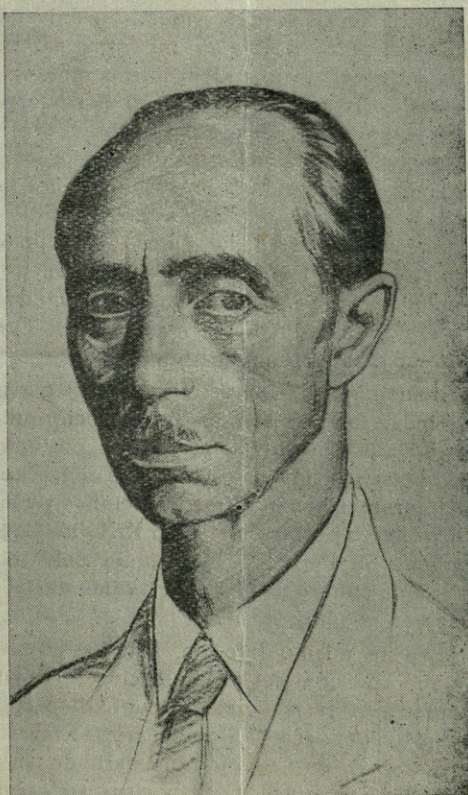
Si en efecto, un aumento de salarios en un 40 % estuviera compensado con un aumento de productividad de un 40 %, no surgiría fenómeno inflacionista alguno. Dicho de otra manera, el valor en pesetas de los productos, no experimentaría aumento alguno. Si por el contrario, como sucede actualmente, ningún aumento de productividad acompaña al aumento de salarios, al aumentar el coste de producción, cada producto costará un 40 % más. O en otras palabras, cada peseta valdrá un 40 % menos. Estamos en inflación.

Se puede apreciar con toda claridad que el obrero no obtiene beneficio alguno con esta subida de jornales. Pero lo que se aprecia con más dificultad es el riesgo tan grande que se ve obligado a correr. Este riesgo, se esconde tras el fenómeno que ya hemos citado con el nombre de pseudo prosperidad, pues entre el momento del aumento de salarios, y el de la subida de los precios en las mismas proporciones transcurre un cierto lapso de tiempo, durante el cual, la clase obrera experimenta un aumento real de poder adquisitivo.

Desgraciadamente, vista la inercia de los fenómenos económicos, los precios no se contentarán con igualarlos, sino que los rebasarán. Entonces la clase obrera, despertada brutalmente de su sueño y comprendiendo la disminución de su poder adquisitivo, solicitará una y otra vez, nuevas subidas de jornales. La espiral inflacionista comienza a funcionar. El equilibrio económico se asemeja muchísimo a esas composiciones químicas inestables, que se descomponen inesperadamente, bajo el efecto de la más mínima modificación.

Este es el futuro que nos aguarda si se persiste en esta fácil política económica y no se adoptan urgentes y adecuadas medidas. No se sueñe con una fácil solución, pues contrariamente a lo que podría parecer, para contener esta catástrofe no basta regresar a las primitivas posiciones y suprimir la causa inicial del desastre. Tomar medidas de dirección opuestas a las que provocaron la hecatombe, pueden producir tal vez consecuencias aún más desastrosas. Si unas medidas totalitarias bastaron en 1945 para cercenar la inflación, debe pensarse que las circunstancias se han modificado y pudiera ser peligroso repetir aquel experimento.

No pretendemos dar lecciones a nadie, sino anunciar un peligro. Peligro que se cierne sobre nuestra Patria. Y ofrecer en la modesta medida de nuestras posibilidades, nuestra leal ayuda, pues creemos cumplir así con nuestro deber de españoles.



S. M. Don Javier de Borbón, Rey de obreros, campesinos y universitarios.

Hay un determinado sector de una clase social al que se ha llamado irónicamente «gente bien». Sus rasgos son bien definidos: buena posición económica, origen burgués, desprecio por la clase media y nostalgia de título. Es decir, afán de aristocratizarse.

Los hombres de la alta burguesía son malos ciudadanos. Viven socialmente desvinculados de su medio, se apartan de los problemas inmediatos, municipales, regionales... y desconocen radicalmente el mundo obrero.

Esta actitud por injusta que parezca, tiene sin embargo una explicación. La burguesía —después de haber consolidado su fortaleza económica y su influencia de dominio— aspira al brillo palaciego de la aristocracia decadente, a la que ella derrotó. El título, la corona en los gemelos, la fotografía de un Rey dedicada personalmente, constituyen su trilema político.

Trágico, muy trágico es el sino de la alta burguesía. En su misma entraña está encerrado su sentido egoísta de clase cerrada. Sus miembros carecen de responsabilidad social, de reservas para el sacrificio y de capacidad heroica. Políticamente son conservadores, religiosamente fariseos, predispuestos para el escándalo y socialmente estériles.

Históricamente han tenido actuaciones que les caracterizan. En la noche del 13 al 14 de abril de 1931 pasaron de monárquicos a republicanos. En 1936 fueron incapaces de preparar activamente el 18 de julio. Sólo cuando ya todo estaba en marcha, cuando el horizonte se empezó a despejar de nubes, se decidieron a participar en el Alzamiento, como quien coge en el Escorial un tren que viene de Hendaya, es decir, cuando faltan pocos kilómetros para llegar a Madrid.

Ejemplo típico de ese espíritu es la contestación de aquella marquesa de Bilbao, que, ya en plena guerra, cuando la preguntaron por qué tenía a su hijo comulgando en la retaguardia, contestó: «Yo no soy una madre navarra».

La medida de la fidelidad de estos hombres a las personas y a los principios que sostienen depende del esfuerzo que exigen el defenderlos. Están con la situación. Son monárquicos mientras duran las fiestas en palacio. Apoyan a Don Juan mientras no expongan su fortuna.

El hombre de la alta burguesía capitalista es fruto del mestizaje de dos clases sociales: la clase media y la aristocracia. Pero el burgués es a la vez un híbrido depauperado que por su desprecio de la pequeña burguesía de donde salió, carece de sus virtudes y de su espíritu de sacrificio; y que por no haber sabido aristocratizarse, carece del sentido generoso de mando de la vieja aristocracia. Lo único que han conseguido es imitar las formas decadentes de la nobleza corrompida.

Para quienes pretenden crear una restauración apoyándose en esta clase social y políticamente fracasada, tenemos una frase reciente de Don Javier, el Rey del 18 de julio: *Han pasado los tiempos en que los Reyes eran solamente Reyes por ser hijos de sus padres. Hoy, los Reyes, tienen que ganarse a pulso, con su esfuerzo, con su trabajo al servicio de la sociedad, la realeza que heredaron.*

«Lo que se hundió el 14 de abril, quede hundido para siempre».

Con sano optimismo llegó un día a la Universidad, un joven montañés que se llamaba Marcelino Menéndez Pelayo. Su paso por la Universidad, su vida dentro de ella, es un ejemplo para todos. Llegó a las aulas, sin el propósito «ínfimo y grosero» de lograr un título que le sirviese a los ojos de la sociedad para disfrazar su ineptitud y su bajo e inmoral concepto de la vida. Llegó con alegría, sabiendo por donde orientaba su vida y su vocación.

En aquel tiempo las Universidades se arrastraban perezosamente por el polvo, eran meras entelequias imposibilitadas para cumplir la misión de enseñar y formar. Carentes de medios económicos, sometidas a vaivenes ministeriales, eran incapaces de cumplir adecuadamente su función social. Sin embargo, Don Marcelino, lucha contra el ambiente y sale triunfante. Catedrático a los 22 años e hijo de catedrático, su casa era la Universidad y su familia iban a serlo los estudiantes.

Nada tiene de extraño que quien dijo, «nadie ama más que yo a la ciencia y a la Universidad» y también conocía los problemas universitarios, forzosamente tenía opinión clara sobre el modo de abordar su solución. Y es que este de la enseñanza, es tema básico de la vida española, frente al cual —afirma Florentino Pérez Embid— la legislación y las realizaciones prácticas se vienen estrechando sistemáticamente en un continuo tejer y destejer.

¿Cuáles eran las razones de la decadencia de la Universidad?

La respuesta se halla en los Heterodosos VI, al tratar del proceso de la enseñanza oficial española, durante el siglo XIX. El Maestro de la política cultural española, enseguida cala que todo el sistema descansa sobre principios abstractos, sin respecto al medio social y a la historia. Era muy torpe el criterio afrancesado y centralizador que convertía a la Universidad en un organismo burocrático, dedicado a despachar títulos de licenciado a todo aquel que pasase por el aro administrativo.

Y da solución a ese gran problema. Se trata de reivindicar para el cuerpo universitario toda aquella libertad de acción, toda la majestad y decoro que en teoría se le reconoce. «La Universidad católica, española y libre es mi fórmula». En el informe Universitario de 1892 afirma que «es necesario devolver al cuerpo universitario una racional autonomía y dejar que lenta y orgánicamente vaya desarrollándose en nuestros centros de enseñanza una cultura propia que remedie la anarquía intelectual que hoy vivimos». Sólo así, con las independencias orgánicas, semejantes a las que disfrutaban las universidades extranjeras, y de las que se disfrutaron en España, cuando España era grande, puede la enseñanza en nuestra Patria recobrar el rango perdido.

Sin embargo D. Marcelino reconoce que no se reconquistará en un solo día la legislación autonómica, que un día estuvo en nuestras costumbres, pero que se perdió cuando los aires de la Enciclopedia enrarecieron nuestras tradiciones y a la que el liberalismo pasional del siglo XIX dió el golpe de gracia. Se llegará a la fórmula del Maestro «cuando la cultura nacional se levante de la postulación en que hoy yace».

En este mismo Informe, estudia problemas tan concretos como el de la elección del profesorado de las Universidades. Su punto de partida es la vocación pedagógica. Rompe lanzas a favor de la designación y libre elección por parte de las Universidades «de aquellos que por sus servicios en la enseñanza, o por sus trabajos universitarios, hayan mostrado aptitudes especiales para el desempeño de tal cargo». No comprende la rivalidad

entre profesores y alumnos, propugnando la «solidaridad» entre ambos y su vinculación hacia el Alma Mater. La misión del profesor, adquiere de esta forma una nueva dimensión, la de ser orientador del alumno, dando dirección al talento en desarrollo del joven universitario, adquiriendo también la responsabilidad de no haber atajado a tiempo las vacaciones falsas. Esa labor formativa no termina en el último curso de la carrera, pues la Universidad «es un ser vivo que nos nutre con el jugo generoso de su doctrina y que prosigue educándonos».

Donde Don Marcelino se adelanta notablemente a su época, adoptando una postura un tanto revolucionaria, es en lo relacionado con los exámenes de prueba de curso, de los que llega a decir que su «método anticuado y pueril sólo en nuestras Universidades subsiste, por triste y vergonzosa excepción entre todas las de Europa». Dos exámenes considera imprescindibles uno de ingreso en la Facultad, y otro al final de los estudios. Aquí se nos muestra Don Marcelino como pedagogo consumado que sabe que existen otros medios de estimular a los alumnos, aparte de los primitivos de las notas, los puestos y los exámenes.

Otros muchos problemas se plantea Menéndez y Pelayo en su Informe Universitario, pieza poco conocida y sin embargo que encierra soluciones a problemas concretos y que demuestran como vivía el Maestro las realidades de la Universidad, «su casa» que conocía sus problemas y que no era solamente un cultivador de la ciencia pura.

Don Marcelino era un universitario. Su casa era la Universidad y su familia eran los estudiantes. Su magisterio puede y debe alumbrar el futuro. Para ello es preciso estudiarlo y conocerlo. Es preciso que su invocación no sea cita de eruditos. Que le conozca el pueblo y sobre todo los universitarios, para que no sea un nombre conocido y una obra ignorada.

LA UNIVERSIDAD EN 10 PAISES

Universidades libres, reconocidas por sus respectivos Estados y dirigidas por la Iglesia Católica.

Estados Unidos	280
Canadá	81
India	60
Filipinas	49
Bélgica	41
Japón	23
Holanda	13
Venezuela	3
Francia y España	0

Francia cuenta con 76 centros superiores dirigidos por la Iglesia y no reconocidos por el Estado. En España —desgraciadamente— no contamos con más de 9 en las mismas circunstancias.

¿Cuáles son las causas de esta situación?

Nos fijaremos, entre otras, en dos igualmente importantes.

La primera, que los católicos y sus jerarquías, carecen de una actitud dinámica y valiente.

La segunda, que el Estado sigue sin quitarse la peluca volteriana que se encasquetó hace más de un siglo.

¿Hasta cuando durará esta apatía? ¿Porqué tendremos que copiar siempre lo malo?